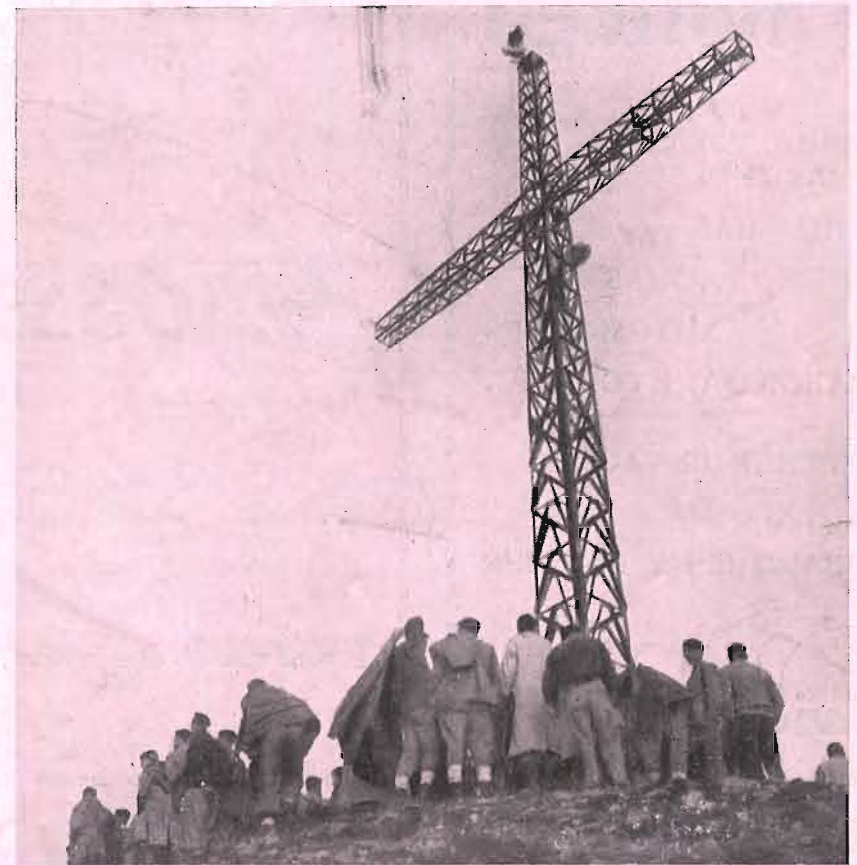




Grupo de Montañeros
VETVSTA

*Adherido a la Federación Española de
Montañismo y Federación Norte de Esquí.*



Inauguración de la Cruz de Zaldiarán

¡Montañeras de Alava!

A don Vicente Botella y de Altube,
Director de la Caja de Ahorros de
la ciudad de Vitoria.

Nos habéis llevado al monte Zaldiarán mostrándonos de paso el legendario castillo de Gomecha. Ya en la cumbre nos habéis hablado de la torre militar que sirviera un día a Enrique de Trastámara; y sacándonos a la norteña balconada de la cima nos habéis mostrado un horizonte de avanzadas montañas que incrustaban en las nubes de otoño sus crestas.

Entre ellas reconocimos al amado Gorbea—ya vestido de nieve—uniendo en la geografía, y también en inborrables recuerdos de antiguas andanzas montañeras, Vizcaya con Alava, y sellando con gracioso tránsito de robledales, hayedos, precipicios y rocas, una hermandad de raza, costumbres e idioma cuyo predominio y característica es la hombría de bien y el señorío de la Aldea.

Vueltos de nuevo al centro de la cima, hemos contemplado con emoción que una monumental Cruz de hierro se elevaba al cielo sobre la base del antiguo solar real y abría sus brazos sobre nosotros. Y un grupo de cuatrocientos montañeros venidos a Alava de todos los lugares de España manifestaba la realidad del mensaje divino—jamaos los unos a los otros!—bajo la paternal solicitud, alegría y presencia del Prelado alavés que impartía gozoso su bendición sobre nosotros.

Y luego, cuando mirábamos a lo alto, veíamos las nubes correr sobre los brazos de la Cruz, rindiendo su homenaje a vuestra iniciativa, mientras un altivo aguilucho interponía la gracia de sus evoluciones compitiendo con el celaje y prestándole el detalle de su encanto.

A lo lejos, mostraba Vitoria el blanco paisaje estirado y tranquilo de sus casas, jardines y torres, esperando nuestro regreso, mientras el chistu y el tamboril abría a la juventud montañera la soltura de su clásica danza pródiga en saltos rítmicos y ágiles, evocadores de tradiciones nunca olvidadas en el País Vasco...

Cuando el excelentísimo y reverendísimo señor don José María Bueno Monreal, que para nosotros reúne además la cualidad de ser destacadísimo montañero, nos demostraba que aquella vuestra Cruz de Zaldiarán constituía un camino de comunicación piadosa entre el Cielo y la Montaña, nos acordábamos de vuestra Virgen y de la nuestra y veníamos a establecer un punto de coincidencia al considerar la advocación mariana de la Señora de las Nieves.

Hermandad montañera, las cumbres vascas, las incomparables rocas de Asturias, y la presencia de Julián Delgado Ubeda, de Angel de Sopena... de tantos amigos, las escaladas de españoles y extranjeros al Naranjo de Bulnes, la Virgen de Covadonga en Peña Santa de Enol, vuestra Cruz..., todo esto pasaba embarullado por nuestra imaginación mientras atendíamos a las palabras del señor Obispo, cuando germinaba la idea de afreceros una iniciativa:

Que vuestro órgano de difusión en la Sociedad Excursionista «Manuel Iradier» de Vitoria, invite a todas las entidades montañeras de España a la aportación de una pequeña participación simbólica en la reproducción de una imagen de la Virgen de las Nieves tallada en piedra caliza que recogida en el mismo Naranjo de Bulnes sea devuelta a su cima por escaladores vascos y asturianos.

Y abandonamos ya la pluma para esperar vuestra respuesta mientras un apretado abrazo de Asturias va hasta vosotros desde esta modesta publicación ovetense.

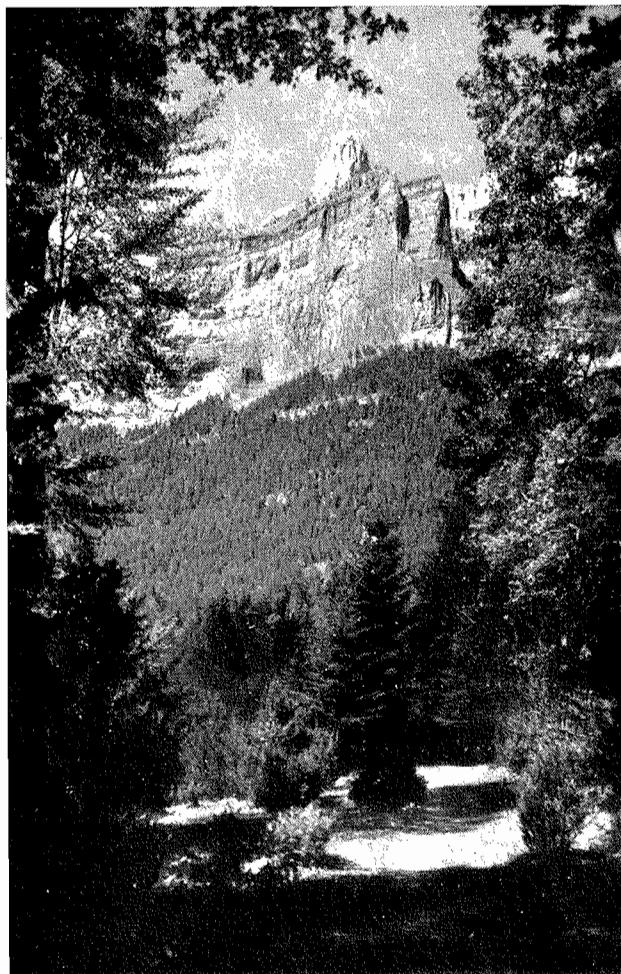
Oviedo, para Zaldiarán, diciembre de 1950.

EL PRESIDENTE.

El valle de Ordesa

I

Bajamos un día de esta primavera por unas praderas de Bulnes, cuando se nos ocurrió la idea de realizar una excursión al Parque Nacional de Ordesa. El proyecto era encantador por demás, pero se nos presentaron bastantes dificultades para llevarlo a cabo. La distancia y la posibilidad de poder coincidir con quince días de vacaciones los cuatro que componíamos el grupo, eran las dos más importantes, pero, al fin todo pudo arreglarse y el pasado día cinco de setiembre llegamos al Albergue del Valle, ya anochecido y allí nos instalamos con bastante comodidad. Dejamos el coche al lado del Albergue y pasea-



mos un rato, antes de cenar. La noche era espléndida. El cielo apiñado de grandes y relucientes estrellas, y en medio de un silencio solemne el eco misterioso de las voces del bosque, que empezaba a vivir.

II

Caminar por el fondo del valle, hacia el Circo de Soaso es una cosa de ensueño. Hay un estrecho río montañoso que baja precipitadamente formando una serie de cascadas a cual más maravillosa. Cada vez que descubríamos una de ellas, aumentaba nuestro entusiasmo. Nos divertía tirar a la corriente troncos de árboles muertos y verlos saltar como pelotas peñas abajo. Al pie de algunas se formaba un ancho estanque donde el agua tomaba un transparente color azul que invitaba a la zambullida. Así lo hicimos en una ocasión y hubimos de salir más que aprisa; pues a pesar de hacer un día de sol magnífico, el agua estaba tan sumamente fría que casi nos deja sin respiración. Las horas se pasan aquí sin sentir. Es, a mi juicio, un sitio ideal para «camping». Y para pintar. Creo que fué el gran acuarelista Farré quien hace poco tiempo expuso un salón completo con obras únicamente del Valle de Ordesa.

III

Y hay también el bosque. Pinos y abetos, principalmente, y hayas y boj. Pasamos un día entero caminando entre los árboles. A veces, la fronda

es tan espesa que deja difícilmente paso a la luz y cuando ésta penetra, toma una coloración azul, de profundidad submarina. Y de pronto se sale a un claro y entonces la luz del sol es más cegadora. La belleza de estos contrastes es continua. Recuerdo un momento en que me quedé un poco rezagado viendo a mis compañeros caminar y sentí la impresión de que marchaban de noche a la luz de la luna. De pronto, alguien descubrió un rebeco erguido sobre una roca, a pocos metros de nosotros, bañado de luz y en actitud tensa, como un arco de flecha, pronto a dispararse. Fueron unos segundos nada más, que todos quedamos quietos y mudos, como petrificados, durante los cuales pareció sentirse latir el corazón del bosque.

IV

En la parte de montaña hay también cosas muy interesantes. Excursiones como la del Monte Perdido, por encima de los tres mil metros, y la de la Brecha de Roldán, cerca de los tres mil. De esta

última tenemos un magnífico recuerdo porque la hicimos en compañía de Corral, un asturiano, de Campo de Caso, que vive allí. Cuando llegamos al Paso de las Clavijas, de Cotatuero, la emoción era enorme, porque abajo en el Valle nos habían hablado mucho de este «paso». Después que lo hicimos pensamos que tal vez se nos había exagerado un poco la cosa. Hay otros pasos de clavijas por este circo, pero el de Cotatuero es el más importante. Encontramos algunos lagos preciosos, confraternizamos, mitad franceses, mitad inglés, con dos montañeros holandeses que habían salido de Gavarnie y recogimos bastantes «edelweis». Arriba en la cumbre de la Brecha, por el lado de Francia, los franceses han tallado en la roca una pequeña cueva para refugio. Deben ir allí bastantes extranjeros, a juzgar por las inscripciones que había en las paredes. Y no obstante, el suelo de la cueva estaba tan limpio, tan limpio, que nos llamó la atención.

JUAN

El hermano hambre

(CUENTO DE NAVIDAD)

“(Una calva del monte, rodeada de pinos inmóviles y negros. La luna es tan blanca, que sólo algunas estrellas, en el lado opuesto a ella en el cielo, se atreven a lucir. Un picacho enorme recorta claramente su sombra sobre la nieve del calvero. La nieve tiene huellas de menudas pisadas. Bañado por la luz blanca y fría, un acebo muestra sobre sus hojas espinosas pequeños montoncitos de copos, como golosinas preparadas para algún comprador. Junto al acebo se han reunido algunos animales. Hay dos corzos, y un lobo, y un gordo conejo con todos sus hijos de la última camada, y un oso de parda piel, y otro conejo, delgado y sucio, de pelo rubio y blanco.

El conejo gordo al flaco.—Allá abajo, en los campos vecinos a la ciudad, todos nos hemos alegrado de tu evasión. Mi mujer hubiese también querido venir a verte; pero la pobre está otra vez en días mayores... Un familión, compañero. (Suspira) En fin... parece que no te ha ido muy bien entre los hombres. Vienes tan delgado..

El conejo flaco.—La caminata y los sobresaltos me han puesto así. Madrid está muy lejos de la Sierra y he pasado grandes apuros en el camino. No era comida lo que faltaba allá, podéis creerme. Me he dado hartazgos de cosas que no probaréis nunca los que no habéis estado en un corral.

El conejo gordo (relamiéndose).—He oído decir que se come muy bien en los corrales.

El lobo.—Se conoce en seguida por el sabor de la carne a las piezas criadas en corrales. Los hombres saben lo que hacen.

El oso.—Creo que sí. En la montaña, se sufre mucha hambre sobre todo en los meses de nieve. Pero aun así, en ninguna parte se vive mejor que en la montaña.

El conejo gordo.—Las cercanías de las tierras de labor son preferibles cuando se tiene tanta familia como yo. Se disfruta de menos libertad; pero hay coles, y los hijos se crían más robustos.

¿Vas a quedarte tú en la montaña?

El conejo flaco.—Sí; tengo miedo a los hombres.

Los corzos (estremeciéndose).—¡Son terribles los hombres!

El lobo.—Según. Yo comí uno, cierta vez, que sabía a sardinas. Pero cuando se alimentan razonablemente son un gran bocado.

El oso.—Si no hiciesen más que matar, podría perdonárseles. Nosotros también matamos. Ellos hacen algo peor: envilecen. A un hermano mío caído en cautiverio le obligaron a tocar la pandereta y a pedir limosna. Se escapó, al fin; pero estaba ya tan desmoralizado, que cuando veía un hombre corría detrás de él con la mano extendida. Cuando murió encontramos en su cueva ocho duros en calderilla. Era una vergüenza para nosotros.

El conejo flaco.—Yo he visto en la ciudad caballos que llevaban sombreros de paja.

El oso.—Es ridículo. Lo envilecen todo, lo envilecen todo.

(Los gazapillos han estado haciendo cabriolas sobre la nieve, persiguiéndose unos a otros, con los rabitos tiesos, y saltando como bolitas de sombra en la radiante blancura. Brinco a brinco, han entrado en las tinieblas que proyecta el picacho sobre el calvero del bosque. Pasan unos minutos. De pronto reaparecen en la luz, corriendo velozmente, y se refugian junto al acebo; uno tropieza con una rama y cae, lanzando un chillido.)

El lobo (Abarcando la camada con un mirar de gula).—¡Cuán graciosa es la infancia! ¡Qué bellas son estas criaturas! (Al caído, cariñosamente.) ¿Te has hecho daño, eutremés de mi vida?

El gazapillo.—¡Un hombre! ¡Un hombre!

El lobo.—¡Son tan delicados! Un pequeño tropezón, y ya delira! (Al padre) Temo que ya no le sirva a usted para nada este chico. Podíamos comerlo.

Los demás gazapillos (cobrando aliento).—¡Un hombre! ¡Hemos visto un hombre! (Hay un movimiento de sobresalto en todo el grupo. Los corzos huyen hacia los pinos inmóviles. La sombra del acebo ampara a los animales asustados. El lobo pregunta al fin:)

El lobo.—¿Dónde está?

Un gazapillo.—Al pie del picacho... Sobre la nieve...

El lobo.—¿Muerto?

Un gazapillo.—Sí.

Otro gazapillo.—¡No!

Otro gazapillo.—¡Sí!

(El lobo se marcha con pisadas cautelosas, dando un rodeo por el bosque. Poco después se oye un aullido de llamada. Los conejos y el oso van hacia él, guiados por el lucir de dos ojos como dos llamitas engarzadas en la negrura. Las tinieblas que tan hoscas parecen desde el espacio que la luna baña se dulcifican al penetrar en ellas los seres y los envuelven en el misterio de una suave claridad. Se ve una roca que surge de entre la nieve, y una mata de espino, negra y sin hojas, y los troncos rectos de los árboles. El lobo está junto a un cuerpo humano inerte sobre el helado suelo. El oso se acerca con lentas pisadas; detrás va el conejo flaco; luego el conejo gordo; después en hilera, los siete gazapillos de hocico blanco. Cuando se detiene el oso, todos los hocicos erizados de temblones bigotes avanzan con un mismo movimiento y hacia un mismo lado para mirar. Hay una profunda emoción en el grupo).

El oso.—¿Está muerto?

El lobo.—Naturalmente, es un cazador.

El conejo gordo.—¿Qué hacemos?

El lobo.—¿Y qué hemos de hacer? Esa es una pregunta digna de un conejo. ¡Le mataremos! ¿No es así compañero oso?

El oso.—Sí... debemos matarle...; es un cazador.

El conejo flaco (que, más familiarizado con la presencia de los hombres, se acercó a mirar al desmayado).—Pero... ¡Santo Dios...! ¡Sí es don Manuel...!

El oso.—¿Quién es don Manuel?

El conejo flaco.—¡Mi último dueño; el dueño que yo tenía en Madrid! Le conozco perfectamente.

El lobo.—Entonces podemos devorarlo con más satisfacción. Debíamos comerlo ahora. Puede volver en sí y tiene la escopeta a su lado.

El conejo flaco.—No es una escopeta.

El oso.—No; es una lanza.

El conejo flaco.—Tampoco es una lanza. Es un «alpenstock», un herrado bastón de montaña. Mi dueño no cazó nunca.

El lobo.—¡Oh...! Espero que no nos pongamos sentimentales. Si el compañero conejo quiere su parte, la tendrá dentro de unos minutos.

El conejo flaco.—Os digo que no es un cazador. ¿Por qué matarle? Es un hombre enamorado de la Sierra, como el amigo oso, como el amigo lobo, como yo. Los sábados se vestía un poco extrañamente, tal como ahí le véis, y se marchaba con

solo con nieve, a recorrer las cumbres lejanas. No salta a matar, ni trajo nunca, a su regreso, víctimas ensangrentadas. Miraba lo que no mira el cazador: la belleza del sol que nace o del sol que se pone, el aspecto fantástico de un risco, la hermosa figura, nunca repetida, de cada árbol; y oía el viento y el son del arroyo con el corazón lleno de dulzura. Un día escuché como contaba su visión de un corzo sobre el nevado peñasco, a la orilla de un precipicio, alto el testuz, arriba el cielo azul y abajo el extraño mar blanco fingido por la niebla que subía del valle. Y no se le ocurrió, como a alguien entre sus oyentes, lamentarse de no tener a mano el fusil con que romper aquella vida graciosa.

El oso.—Yo he visto más de una vez hombres como ése trepar alegremente por la montaña y andar entre nieve, en los días más duros del invierno... ¿Por qué lo harán?

El conejo flaco.—Yo lo sé; y vosotros lo sabrías también, si conociésteis su vida. En verdad os digo que no hay alimaña del monte más digna de compasión de los hombres de la ciudad. La ciudad tiene la inquietud ansiosa de un eterno acecho, en el que cada uno es pieza y es cazador. La ciudad es un ruido incesante: prisa, tumulto, voracidad, enloquecimiento. El raudal humano en las calles es como el tropel de animales que huyen de un bosque incendiado. El aire está podrido; el sol, enfermo; el agua, envenenada. Los pájaros tienen cárcel; las flores, también. Unos arbolillos anémicos salen en sus tientos a las aceras, como paráliticos en sus coches de mano, y se retiran antes de medianoche. Es una existencia de pesadilla. La ciudad es un corral de hombres. Y algunos hombres huyen —como yo he huído— de ese corral, aunque por poco tiempo. Sienten como nosotros la necesidad de reintegrarse a la tierra madre, tan bella; de huir de lo artificioso, de respirar el aire ancho y libre de las cumbres; de correr por el bosque o entre los picachos; de beber de bruces el agua del regato, tan fresca y limpia, que llena el alma de emoción como si bebiésemos, de una vena de la Tierra, sangre del puro y generoso corazón de la Tierra. Gozan, como nosotros gozamos, este sencillo e insuperable sentimiento de la Naturaleza no adulterada. Después vuelven tristemente al corral inmundo. Son... como nosotros mismos. Este que ahí está, ignorante de que decidimos su suerte, no es el hombre feroz, enemigo nuestro. Es... el hermano hombre, que salió como nosotros de la tierra y que como nosotros la ama. Respetemos la vida del hermano.

El lobo.—¡Precioso discurso! Consiento en perder mis colmillos si este conejo no está en el último grado de la neurastenia.

El oso.—Sin embargo... tiene razón... Debemos auxiliar al hombre que huyó de la ciudad, como ayudamos al conejo evadido.

El lobo (malhumorado).—Bien. ¿Qué se puede esperar de un animal que se aviene a tocar la pandereta? En fin... ésta es noche de paz y sois la mayoría... ¿Qué decidís?

El oso.—Ayúdame a frotarle fuertemente para que reaccione. Pero esconde las garras. Piensa que tan sólo en este caso podemos quizá llamar a un hombre «hermano». Hagámoslo por el común amor a nuestra madre la Naturaleza.

De «El Bosque Animado» de WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ

Finalistas de los concursos de montaña de la temporada 1950

Concurso especial de travesías

Julián Martín Arroyo.

Amable Zuazua Artamendi.

Miguel Castrillo Rebaque.

Manuel Suárez Valdés..... 26.971 m.

Luis Sela Sampil..... 25.143

Antonio Arenas..... 23.196

José Luis Velasco..... 21.972

Santos Corcobado..... 20.482

Leopoldo Escobedo..... 20.334

Concurso de veinte montes fijos

Amable Zuazua Artamendi.

Miguel Castrillo Rebaque.

Concurso de 2.ª categoría

Miguelito Castrillo..... 18.343 m.

Margarita Quintanal..... 16.848

Maité Sela Quintana..... 15.332

Concurso de 1.ª categoría

Liborio Martín Rubio..... 55.414 m.

Luis Sela Quintana..... 41.643

Jesús Quintanal y Ruiz de Mendarózqueta..... 33.593

Adolfo Corrales..... 32.458

Julián Martín Arroyo..... 31.569

Ramón Llavona..... 29.094

Luis Rodríguez Arana..... 27.700

José Antonio Corrales..... 27.293

Concurso de 3.ª categoría

Maruja Sela Quintana..... 10.365 m.

Trofeo «Juventud», de Julián Martín Arroyo

Luis Sela Quintana.

Relación de montes fijos y travesías para la temporada 1951

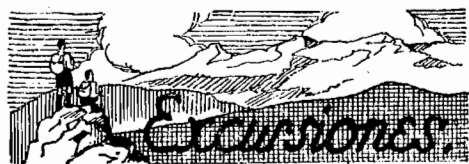
La Junta Directiva, en su reunión del día 18 de Enero, aprobó la siguiente relación de montes y travesías para los Concursos correspondientes a la temporada 1951:

20 MONTES FIJOS

Monte Agudo	Somado	342 m.	Peña Main	Picos de Europa	1.596 m.
Peñalba	Grado	434	El Castiello	Ríos Pasos	1.630
Pico Pascual	Artedo	527	Cabezo Lloroso	Picos de Europa	1.790
El Arbolín	Cangas de Onís	577	Los Celleros	Pajares	1.870
Peña Rey	Dosango	721	Cabronero	Beza	1.998
El Gato	Tellego	493	Los Cerreos	Tuiza	2.101
Pico Fario	Siero	734	Pico Pando	Pajares	1.375
Los Altares	Aramo	1.340	Peña Gradura	Teverga	1.225
Monfresco	Ribadesella	891	El Roldán	San Isidro	2.141
Vill Laurel	Aramo	1.520	Jario	Sajambre	1.458

TRAVESIAS

Parteayer - Pico Gato - Arnea - Oviedo. Cordal de los Llanos - Pajares.
Fuso La Reina - Peña Rey - Las Xitanas. Vega de Enol - Arío - Poncebos.
Tuiza - Chiturbio - Agüería - Jomezana - Campomanes.



Actividades Montañeras

La actividad colectiva registrada en el trimestre es escasa en materia de montaña, ya que el mes de octubre, si bien fué pródigo en excursiones individuales, entre las que se cuenta también alguna «proeza», careció de programas colectivos y la «tempranera» aparición de la nieve este año, anticipó la temporada, desviando la afición hacia Pajares.

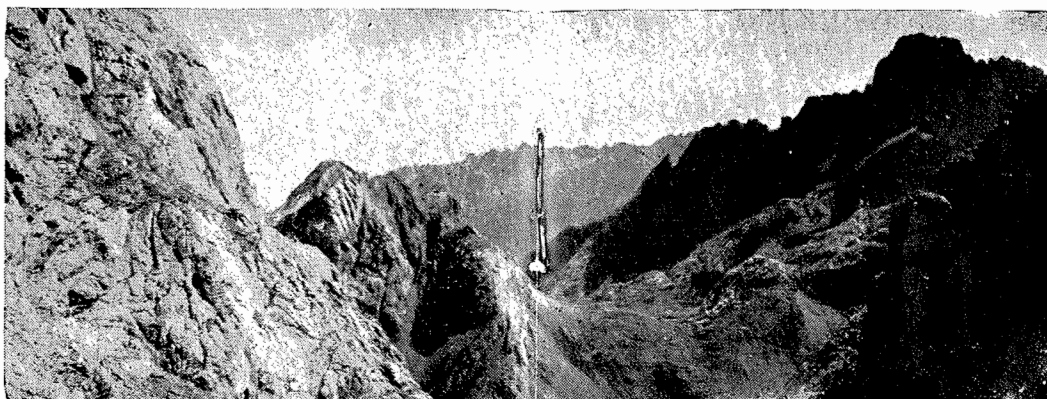
Moncuevo (1.665 m.) 8 de octubre

Hemos dormido en Peñerudes por si podemos ganarle la acción al tiempo, pero la madrugada es fría y desapacible, con una densa niebla que va transformándose en lluvia a medida que ascendemos. Subiendo a Toyo del Obispo pensamos en desistir, pero es mayor el deseo de llegar que las contrariedades y éste se hace irrenunciable a la vista de la cumbre, aunque aún nos quedan varias horas. Al fin la coronamos a las 13 y 10 de la mañana. El tiempo ha mejorado pero no lo suficiente para tranquilizarnos y descendemos por Fuenfría, donde otra vez «se nos mete la encainada» que ya no nos deja hasta Peñerudes donde encontramos otro nutrido grupo de compañeros que han ascendido a La Mostayal, y en unión de los cuales regresamos a Fuso suavizando con nuestras canciones la dureza de la conocida caleya.

Travesía Navidiello-Piedrafitá-Casomera (22 de octubre)

También subimos de víspera a Navidiello donde pernoctamos con incomodidad, por falta de alojamiento adecuado, amenizada por una fuerte tormenta cuyas consecuencias persisten aún en la madrugada del domingo en el momento de salir. Pero como «de los audaces es el reino montañero» nos lanzamos monte arriba en busca de la luz que parecen querer ocultar persistentemente las nieblas. Quedan pronto atrás unos cazadores que han salido con nosotros y cerca de las 9 de la mañana divisamos el Tres

Concejos y con él un extraordinario panorama de las cumbres cántabro-leonesas sobre un impresionante mar de niebla. Una hora más tarde estamos en el Pico aumentando el sensacionalismo de la visión, que interrumpimos por lo largo de la travesía, continuando al Puerto de Piedrafitá donde nos envuelve otra vez la niebla que ha persistido en la zona intermedia. Por Llamazares y La Paraya pasamos «como balas», sin detenernos a comer, con el fin de poder llegar con



tiempo al coche de línea de Casomera, lo que conseguimos con creces, rindiendo viaje en Oviedo a las 7 de la tarde.

Travesía San Isidro-Vegarada-Casomera (5 de noviembre)

Le hemos cogido «querencia» a la ruta, que hoy hacemos en rutilante autocar (?) hasta la Central eléctrica, donde se nos para negándose a subir el Puerto, que hemos de ascender nosotros siguiendo la carretera hasta el límite de provincia, que alcanzamos después de la una de la tarde, con más de dos horas de retraso. Se inicia, no obstante, la travesía hacia Vegarada y pronto se estira la cuerda y se destaca un grupo que llega a la majada de Repinos a las cuatro y continúa sin detenerse hasta la Venta de Vegara-

da, donde aunque los cuerpos están necesitados de calor y descanso, son ligeramente «repostados» continuándose la marcha que pronto se hace con la lentitud consiguiente en la más densa oscuridad, pues las linternas se han dejado todas para los de atrás. A las ocho de la noche llegamos a Río Aller y tres cuartos de hora más tarde a La Paraya donde nos ciegan las primeras luces, entrando en Casomera a las 9,15 donde nos esperan nada menos que dos autocares... por

si acaso. En uno de ellos salimos «los adelantados» para tranquilizar a las familias, previniendo un regreso un tanto tardío. El coche «estropeado» que nos lleva, no puede parar hasta Mieres donde, por medio del teléfono, logramos nuestro objetivo de tranquilidad, que falta hizo, puesto que los «retrasados» optaron por dormir en una majada y esperar al día siguiente para hacer las cosas mejor, llegando a Oviedo al mediodía. En definitiva, una hora bastante más oportuna y discreta que la nuestra, en la fría madrugada del día 6.

Cua La Arena (1.556 m.) 19 de noviembre

Otro autocar, que funciona, pero que según el conductor no puede pasar de Proaza. (¿Qué le habremos hecho a la

gasolina, Señor?). Al fin lo convencemos y nos deja en Valdemurio ya pasadas las diez de la mañana. Buena hora para sacudir el frío cumbre arriba en alargada y no siempre erguida columna, que desafía las iras de un ventarrón imponente. En la cumbre comienza a nevar, por lo que apenas ha llegado el último se inicia el descenso, que se interrumpe a media ladera para que algunos iniciados hagan una espectacular escalada al «Diente Pepe» bajo la dirección de tres compañeros de Torrecerredo que nos han enseñado escalas de cuerda... y de música, pues forman un trío de armónica formidable. Como es temprano cuando emprendemos el regreso, se detiene frecuentemente el autocar a fin de pasar a pié Peñas Juntas y otros pasajes de la carretera. Y, ahora que recordamos tanto «vestustos» como «terrecerredos» ¿quién ganaría, el Oviedo o el Sporting?

Peña Llana (Sierra de la Sobia) (1.489 m.) 26 de noviembre

Llueve a torrentes, pero aún quedan 18 «chalaos» que ocupan muy serios sus asientos en el autocar. La poca gente que se guarda en los quicios de la «Escandallera» nos insulta entre dientes. Pero nos es favorable la ruta de Teverga, donde ya ha escampado por completo. El coche queda en San Salvador desde donde ascendemos por una pintoresca y cómoda ruta que atraviesa las Majadas de Toufeo el Malato y el Fito, permitiéndonos la contemplación de un paisaje, ahora ya con tiempo totalmente despejado, que es de los mejores que pueden admirarse en Asturias. Muy bonito el lago de la cumbre, a la que llegamos cerca de la una de la tarde. Lo primero que hcaemos es izar la gran cruz de madera que la corona y que ha debido ser derribada por el temporal. Pero hay mucho frío en la cima y es preciso iniciar el descenso, que hacemos también por caminos muy embarrados, pero muy agradables, despertando la sorpresa de los pacíficos moradores de Sobrevilla y Monteciello llegando a San Martín a las cuatro y permaneciendo unas horas en contemplación y admiración de la Real Colegiata de Teverga y sus maravillas.

Visión integral del

VI

alpinismo

Es interesante para el montañero el conocimiento de las propiedades de las radiaciones solares, así como su acción fisiopatológica sobre nuestro organismo.

La luz solar—luz blanca—es compleja, pero haciéndola pasar por un prisma se dispersa en radiaciones monocromáticas—simples—. Este conjunto de radiaciones simples es lo que conocemos con el nombre de espectro solar, empleando para ponerlas en evidencia el espectroscopio.

Si iluminamos con luz solar la rendija de un espectroscopio, obtenemos una banda formando un espectro con los colores del iris, y si este prisma nos ofrece una dispersión normal, los colores, rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, añil y violado, los veremos situados según sus respectivas longitudes de onda, correspondiendo el extremo rojo de la banda a unos 7,000 Å y a 3,500 Å el violado.

El espectro solar aparece surcado transversalmente por algunas rayas oscuras, que se observan ocupando posiciones fijas y que por tanto pueden servirnos como puntos de referencia, son las llamadas «rayas de Fraunhofer», que se designan con letras.

Hasta aquí hemos considerado el espectro visible, es decir, los rayos solares que perciben nuestros ojos, pero existen otros, pasados los extremos citados—rojo y violado—, que podemos poner en evidencia por procedimientos varios, cuales son los infrarrojos y ultravioletados; los primeros, llamados también caloríficos, los «sentimos», y apreciamos su existencia pasando un termómetro muy sensible—un par termoelectrico—, a lo largo del espectro en dirección hacia el rojo, notándose un aumento de temperatura que persiste aún fuera de las citadas radiaciones, lo que nos demuestra la existencia de radiaciones infrarrojas, cuya longitud de onda es superior a la correspondiente al extremo rojo del espectro. Estos rayos pueden investigarse con

●
POR JOSE ANGEL DE ARGUMOSA Y VALDES

el «bolómetro», instrumento inventado por el Prof. Langley. Asimismo, impresionando con el espectro una placa fotográfica, se observa que ésta se marca más allá del color violado, lo que prueba la existencia de radiaciones de menor longitud de onda, que no afectan a nuestra retina pero que son capaces de alterar la sal argéntica de la placa fotográfica, constituyendo la porción ultravioletada del espectro; son también conocidas con el nombre de radiaciones químicas, por las transformaciones que producen.

La energía cósmica de las radiaciones solares, difundida a través de la atmósfera por la superficie de la tierra, es la fuente común de las actividades que determinan los distintos meteoros atmosféricos, influyendo de manera decisiva sobre el desarrollo de los seres vivos. La eficacia de estas radiaciones, depende del espesor del medio absorbente que han de atravesar, del grado de inclinación con que incidan y de la duración de la insolación.

Si un rayo luminoso incide sobre un cuerpo, pueden producirse los siguientes fenómenos: que sea rechazado, en cuyo caso el rayo reflejado nos da el color del cuerpo; que atraviese el cuerpo, por resultar transparente o permeable; y que sea «destruido», por ser absorbida su energía, transformándose en calor.

Pues bien, la atmósfera refleja, refracta y absorbe la luz solar; así, las partículas del aire reflejan no solo la luz que directamente reciben, sino también la que ha sido ya reflejada por otras partículas, de donde resulta la luz difusa, gracias a la cual son visibles los objetos a

los que no llega directamente la luz del sol, convirtiéndose el aire en vehículo de la luz, siendo vector de ella en todos los espacios en que aquél penetra. El crepúsculo, no es otra cosa que un fenómeno en virtud del cual determinado punto de la tierra se ve iluminado solamente por la luz difusa, proveniente de la totalidad o de una parte de la bóveda celeste.

Veamos brevemente la acción integral de los rayos solares sobre el organismo humano, dejando para otra ocasión la acción peculiar de las radiaciones de onda larga y de onda corta específicamente consideradas.

De los trabajos de Malgai parece deducirse que la energía radiante del sol tiene poder de penetración sobre nuestro cuerpo, llegando a afirmar la transparencia del tronco humano, hecho que, según él, comprobó impresionando placas fotográficas interceptando la luz solar con el citado tronco, bien que gracias a una prolongada exposición necesaria para lograr la suficiente acumulación de radiaciones, capaces de alterar la membrana sensible; sin embargo, si recordamos que la fracción ultravioletada—radiaciones químicas—es absorbida fácilmente por tenues estados coloidales de albúmina, peptona, gelatina, etc., llegaremos a la conclusión de que, al menos teóricamente, la transparencia totalitaria—en cuanto al conjunto de rayos solares—es discutible.

Que los rayos solares, tanto por su acción sobre los tegumentos como por la que ejercen sobre el sistema nervioso, actúan como estimulantes generales del organismo, concediendo a la larga una sensación de bienestar casi eufórica, es evidente, pero ello se debe a la acción conjunta de sus beneficiosos efectos y a la que hay que achacar a los factores climatológicos, que además de influir en el valor de las insolaciones, determinan por sí mismos estados en los que es frecuente la interferencia. Conocido es hasta la saciedad, el concepto terapéutico acertadamente expresado por Lomón, de que la helioterapia es un coadyuvante de la climatoterapia.

La importancia de la luz solar desde el punto de vista psíquico, ha sido reconocida en todo tiempo, así, la neurastenia y ciertos estados de tristeza, frecuentes en

personas que, bien por exigencias profesionales o debido a una fuerza mayor, no pueden disfrutar de su influjo, a su falta se achacan, siendo la raíz unas veces somática en principio y afectando más tarde al alma, o bien psíquica en su totalidad.

Dediquemos unas líneas a los rayos solares en relación con la protección ocular. Como costumbre en desacuerdo con las normas de la higiene se considera el ejercicio visual con escasa aportación de luz, lo que da lugar frecuentemente a miopías, por los esfuerzos de acomodación a que obliga.

El caso contrario, no requiere para que resulte motivo ejercicio alguno sino simplemente tener abiertos los ojos, y en este caso el exceso de luz, sobre todo la directa o intensamente reflejada, puede ocasionar congestiones y dolores de ojos, conjuntivitis, y según algunos autores puede llegarse al glaucoma y hemeralopias, acabando, en ocasiones, en emaurosis.

Pero sin llegar a estos extremos es evidente que, sobre todo en la época estival, así como en las montañas nevadas, la protección ocular se impone como profiláctica, siendo necesario para que ésta sea efectiva que la coloración de los cristales sea adecuada, y en este aspecto, es sin duda el color negro—cristales «ahumados»—el más eficaz, aunque también el verde puede utilizarse, a sabiendas de que las radiaciones de ese color pasarán a su través; respecto a las radiaciones actínicas, es decir, ultravioletadas, el color es lo de menos, ya que el simple cristal—incoloro—las detiene. No olvidemos que es este un problema en cuya solución influye, respecto a la resistencia, el estar habituado, y, en relación con la protección, la moda, más fuerte, a veces, que cualquier conveniencia higiénica.



Tomás, el "Goda"

POR RICARDO-LUIS ARIAS

Felechosa, El Pino Pola...
Tres pueblos que hacen una parroquia.
Tres nombres y un solo pueblo, porque la compenetración de sus honrados moradores, fieles conservadores de las viejas tradiciones, han logrado siempre inculcar la más fiel y estricta unión.

Estos bellos pueblecitos—enclavados en un valle angosto y fértil—, forman en la vanguardia del concejo de Aller, limitando sus pueblos con la vecina provincia de León. Rocas escarpadas y bosques milenarios hacen que el paisaje de este valle—el más rico de Aller por su importancia ganadera—, sea de lo más grato y hermoso para el turista que se adentra en él.

La Historia ha dejado aquí su recuerdo. Recuerdo que vemos en la Iglesia parroquial—sita en el Pino—, La Torre, El Patio y otras vetustas mansiones, antiguas edificaciones en cuyas piedras grises admiramos el feudalismo y la leyenda.

Nos encontramos en Felechosa, después de «bregar» dos días con las nieves de Vegarada y el puerto de Fuentes de Invierno, acompañados de Alejandro, excelente persona y gran cazador. Buscando alguna nota curiosa para traer aquí, nos encaminamos a la «caza» de Tomás el «Ferreru» del que nos dicen que sabe muchas historias interesantes.

Hallamos a nuestro hombre en su herrería aporreando con garbo sobre un yunque descomunal. Corpulento y bien curtido por los años, Tomás nos recibe jovial.

—De manera que quieren que les cuente algo de por aquí ¿eh?

—Hombre, le quedaríamos muy agradecidos por cuanto Vd. nos diga.

El «Ferreru» deja el martillo que esgrime y ladea la boina sobre la oreja derecha.

Francamente, me pillan desprevenido y sin tiempo p'a hacer examen de conciencia...

—Vamos, urge un poco que algo saldrá de esa cabeza.

—¡Ay, hon. si viera que dura la tengo. Este yunque, al lau de ella, nun ye más que una mantequilla..

—Vamos, Tomás, no nos tome el pelo.

—¡Libreme Dios de ello! Bueno voy a complacerlos pues paez que algo se me está ocurriendo aquí en la «porrilla».

—¡Ya sabíamos nosotros, Tomás...

—¡Puntu en boca, compañeru! Cuando yo hable nun me gusta que me paren el carro... Pues verán, un día llegaron aquí unos señores acompañando a Don Juan Uría, señor muy querido por acá. ¿Conócenlu?

—¡Claro que sí! Don Juan Uría y Riu es toda una personalidad, querido aquí y en todas partes.

—¡Eso mismo!, y como tamos de acuerdu vayamos al granu. Pues llegaron y nos reunieron a unos cuantos paisanos del pueblu p'a medinos la «porrilla» con unos aparatos que traen; medición que luego nos hicieron en les narices, cara y orejes. En una libretina apuntaban unes «jerigoncies» que nos tentan a tos escamaos como «cordobeyos»...

—¡Muy interesante!—le decimos al buen paisano que se detiene unos segundos para hacer memoria

—Ya la curiosidá llegó a su límite y preguntamos a Don Juan que p'a que yera aquello. Sonriendo, como siempre díjonos que estaban estudiando la forma de sacar la raza a que pertenecíamos.

Tomás rie con socarronería.
—Claro que a mí nun facía falta que me midiera porque ya sabía que yera de la raza goda...

—¡Hombre!... ¿Cómo lo sabía?

—Pues muy sencillo. Tuve un tío que se llamaba Wamba...
Una carcajada general sigue a la respuesta del «ferreru». Este añade:

—Pero lo bueno fué que, entre nosotros, «colose» un cazurru que estaba aquí vendiendo cacharros de barro y acertaron'í a la primera.

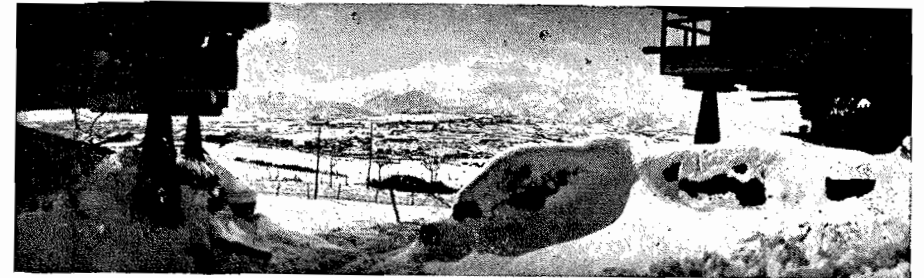
—¿Entonces?
—¡Claro, hon! Dixeron'í que era de los judíos... Y, ¡vaya si yera judío el gandul! Fíjense que vendía los botijos, en aquel entonces, a tres riales y les cazuelas a cuatro...

Celebramos la nueva ocurrencia de Tomás, el cual da por terminada la

entrevista para ir a «calzar» a un jumento al que zarandea como si fuera de paja.

Estamos de nuevo en la calle, bajo la cruda tarde invernal. Del «chigre» de Manolín salen unos alegres ijujús que lanzan unos mozos, mozos que nos hacen recordar a aquellos otros que vestían la montera y el calzón.

Un venticillo helado viene de la sierra en donde la nieve vuelve a ocultar el paisaje montaraz.



Publicaciones recibidas

Club Montañés Barcelonés, Delegación de Tarrasa; Centro Excursionista de Cataluña, de Barcelona; Agrupación Excursionista Icaria, de Barcelona; Convocatoria del VI Concurso Nacional de Arte Fotográfico, del Centro Excursionista de la Comarca de Bagés, Manresa; Boletín Oficial de la Delegación Nacional de Deportes de FET y de las JONS; Agrupación Excursionista Tierra y Mar, de Sabadell; Club Deportivo Fortuna, de San Sebastián; Convocatoria del IV Concurso Nacional de Fotografía Artística, del Foto-Club Valencia; Centro Excursionista Montnegre, de Barcelona; Centro Excursionista Mar y Cielo, de Barcelona; Grupo Montañero Urdaburu, de Rentería; Agrupación Excursionista Montaña, de Barcelona; Boletín de Información de la Sociedad Nacional de los Ferrocarriles Franceses; Convocatoria del Concurso Fotográfico Pro-Seminario, Mataró; Agrupación Montañera Astur Torrecerredo, de Gijón; Programa de los actos de inauguración de la Cruz

en el Monte de Zaldiarán; Boletín Conmemorativo XXVIII Aniversario del Fomento Excursionista de Barcelona; Club Montañés Barcelonés; Convocatoria del Día Mundial del Urbanismo; Montañeros de Aragón, de Zaragoza; Convocatoria del VIII Concurso Nacional de Fotografía y Diapositivas en Color, del Nuevo Club Deportivo Bilbao.

Resultado de la llamada del Tesorero

(Continuación)

Jesús Suárez Valgrande.....	100 ptas.
Eugenio Quiñones.....	50 "
Manuel Suárez Valdés.....	100 "
Un simpatizante de Sama.....	5 "
Srta. Araceli Prieto, de Peñerudes....	59 "



Circulares de la F. E. M. de interés general

Nuestra Federación Nacional, en circular número 9/950, del 27 de diciembre último, nos comunica las instrucciones y trámite a seguir para la suscripción de pólizas de Seguro para los riesgos de accidente y muerte, así como la cuantía de las primas e indemnizaciones.

La Tesorería de nuestro Grupo informará a cuantos les interese, de todos los permoneos relacionados con dichos Seguros.

También la Federación Nacional, en escrito número 10/50, del 28 del pasado, nos comunica la obligatoriedad de renovar las actuales tarjetas federativas para el año 1951, las cuales pueden encargarse en la Tesorería del Grupo, significando a los interesados que no podrán ser utilizados los Refugios oficiales sin la presentación de la referida tarjeta.

Nuestro Boletín interrumpe su publicación

En la reciente Asamblea de Sociedades de Montaña y Esquí de la Provincia, se tomó el acuerdo de editar una Revista de Montaña y Esquí con carácter provincial, que comprenda las actividades y colaboraciones de todos los clubs de Asturias.

El Boletín Vetusta interrumpe su publicación en esta segunda época, porque es necesario que nuestro esfuerzo y nuestra capacidad económica, se unan a los de las demás Sociedades, a fin de conseguir una publicación que, en nuestra esfera, dé nombre deportivo a Asturias y contribuya a la divulgación de sus bellezas naturales.

Nos sentimos satisfechos de la labor desarrollada en estos dos años, en los que, pese a dificultades económicas y de todo orden, logramos editar dieciséis números ordinarios y varias publicaciones de carácter extraordinario, que, como los Catálogos de los Salones Internacionales de Fotografía, constituyeron un gran esfuerzo, teniendo la satisfacción de consignar que pese a su elevado costo, no gravaron el modesto presupuesto de gastos de nuestra Sociedad.

Nuestro Boletín sí ha costado dinero al Grupo en esta etapa de dos años. Pero contribuyó grandemente al aumento de socios y, sobre todo, al prestigio de nuestra Sociedad en el ámbito montañoso de España, consiguiendo además que, en los momentos difíciles, el bolsillo de los asociados estuviera pronto a nuevos «saqueos» de Tesorería.

En fin, que cedemos gustosos el paso a la Revista provincial de la que tendremos a gala el haber sido precursores. Con ella colaboraremos con el mismo tesón que con Vetusta, en nuestro deseo de que, cuanto antes, llegue a consolidarse entre nosotros y a constituir una publicación de interés, no solamente deportivo, sino turístico, cultural, histórico... y asturiano.

Al cerrar nuestra colección, pensemos que si para nosotros era suficientemente expresiva y evocadora y cumplía a la perfección «su papel», la misión de Vetusta es actualmente más elevada e importante y consiste, sobre todo, en dar una vez más ejemplo de unidad y deseos de colaboración, ambas indispensables para el desarrollo de nuestro incomparable deporte en la provincia.

Y si alguien piensa que es mucho lo que se sacrifica, que se dé cuenta también de que es mucho lo que se pretende. Y con sacrificios y anhelos—lo mismo que subimos a las cumbres—lograremos coronar otra nueva etapa en la sencillez y constancia de nuestro historial deportivo.

Nuevas socias

✱

F. Green.
Trenchar John Fovle.

F. W. Watson.
Ramón Alonso Cordero.
Julio Casielles Morán.
Pedro Quirós Corujo.
Víctor Alberto Sierra Blanco.
Francisco Martínez Guisasaola.

Pedro Corrales Arango.
Miguel Velasco Fernández.
José Antonio Martínez.
Eugenio Martínez Pérez.
María Angeles de Terán.
Carlos Martínez Rodríguez.